

CAPITULO LII.

De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con estraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fué D. Quijote, que le dijo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviéades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandro, á pesar del abadessa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hicierades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando pero las leyes de caballeria, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguizado alguno: aunque yo espero en Dios nues-

tro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para enónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á D. Quijote de tan mal pelage y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: señor ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso D. Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vengador de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo ó que vuestra merced se burla, ó que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cebeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazón D. Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las nari-

ces; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre D. Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. D. Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos apor-

reantes que se carpián, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oírle fué D. Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo; pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oídos llega me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y D. Quijote se puso en pié volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y diciplinas pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. D. Quijote, que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin pasarle por

la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos mandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendando andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Rocinante y abrazó su adarga, y dijo en altas voces á todos los que presentes estaban: ahora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: ¿adónde

va, señor D. Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanias, viendo la estraña catadura de D. Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en D. Quijote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, re-

plicó D. Quijote, y es esta, que luego al punto dejes libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que Don Quijote debía de ser algun hombre loco, y tomaronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de D. Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de D. Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró D. Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á D. Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre D. Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido dió voces á su moleador que no le diese otro palo, porque era un pobre

caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que D. Quijote no bullia pié ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de D. Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hicieronse todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotos, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura, que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era D. Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza

con lágrimas en los ojos decía : ¡o flor de la caballería ; que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años ! ¡o honra de tu linaje , honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo , el cual faltando tú en él quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías ! ¡o liberal sobre todos los Alejandros , pues por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea ! ¡o humilde con los soberbios y arrogante con los humildes , acometedor de peligros , sufridor de afrentas , enamorado sin causa , imitador de los buenos , azote de los malos , enemigo de los ruines , en fin caballero andante , que es todo lo que decir se puede ! Con las voces y gemidos de Sancho revivió D. Quijote , y la primera palabra que dijo fué : el que de vos vive ausente , dulcísima Dulcinea , á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame , Sancho amigo , á ponerme sobre el carro encantado , que no estoy para oprimir la silla de Rocinante , porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana , señor mio , respondió Sancho , y volvamos á mi aldea en compañía de estos señores que su bien desean , y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices , Sancho , respondió D.

Quijote , y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía ; y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza , pusieron á D. Quijote en el carro como ántes venía ; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino ; el cabrero se despidió de todos ; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante , y el cura les pagó lo que se les debía : el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de D. Quijote , si sanaba de su locura , ó si proseguía en ella , y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividieron y apartaron , quedando solos el cura y barbero , D. Quijote y Panza y el bueno de Rocinante , que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á D. Quijote sobre un haz de heno , y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso , y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de D. Quijote , adonde entraron en la mitad del dia , que acertó á ser domingo , y la gente estaba toda en la plaza , por mitad de la cual atravesó el carro de D. Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venía , y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados , y

un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tío y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á D. Quijote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de D. Quijote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con el sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno; Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traeis á mí? ¿qué zapatitos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dijo Sancho, muger mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las

mostraré, muger, dijo Panza, y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una insula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de insulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, insulas y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la muger de Sancho aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de esperiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con

todo eso es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger en tanto que el ama y sobrina de D. Quijote le recibieron, y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en que parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traerle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que D. Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos á lo ménos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha,

que D. Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le desparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo D. Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aqui pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan válidos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfe-

cho, y se enmará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas :

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO D. QUIJOTE DE LA MANCHA HOC SCRIPSERUNT.

El monicongo acadèmico de la argamasilla á la sepultura de D. Quijote.

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta :
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha :

El brazo que su fuerza tanto ensancha
Que llegó del Catay hasta Gaeta :
La Musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en bronceina plancha :

El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría :

El que hizo callar los Belianises :
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yaco debajo desta losa fria.

Del paniaguado acadèmico de la argamasilla in laudem Dulcineæ del Toboso.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pié y cansado:

Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años

Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

Del caprichoso, discretísimo acadèmico de la argamasilla en loor de Rocinante, caballo de D. Quijote de la Mancha.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte
Frenético el manchego su estandarte
Tremola con estuerzo peregrino:

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

Cueiga las armas y el acero fino,
 Con que destroza, asuela, raja y parte ;
 ¡Nuevas proezas! pero inventa el arte.
 Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,
 Por cuyos bravos descendientes Grecia
 Triunfó mil veces y su fama ensancha,

Hoy á Quijote le corona el aula
 Do Belona preside, y dél se precia
 Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el ovido mancha,
 Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
 Escede á Brilladoro y á Bayardo.

Del burlador académico argamasillesco á Sancho Panza.

SORETO.

Sancho Panza es aqieste en cuerpo chico,
 Pero grande en valor. ¡ Milagro extraño!
 Escudero el mas simple y sin engaño
 Que tuvo el mundo, os juro y certifico :

De ser conde no estuvo en un tantico,
 Si no se conjuraran en su daño
 Insolencias y agravios del tacaño
 Siglo, que aun no perdonan á un borrico.

Sobre él anduvo (con perdon se miente)
 Este manso escudero, tras el manso
 Caballo Rocinante, y tras su dueño.

¡ O vanas esperanzas de la gente
 Como pasais con prometer descanso,
 Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

Del cachidiablo académico de la argamasilla en la sepultura de D. Quijote.

EPITAFIO.

Aquí yace el caballero
 Bien molido y mal andante,
 A quien llevó Rocinante
 Por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
 Yace tambien junto á él;
 Escudero el mas fiel,
 Que vió el trato de escudero.

Del tiquitoc académico de la argamasilla en la sepultura de Dulcinea del Toboso.

EPITAFIO.

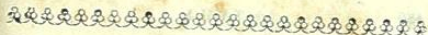
Reposa aquí Dulcinea,
 Y aunque de carnes rolliza,
 La volvió en polvo y cepiza,
 La muerte espantable y fea :

Fué de castiza ralea,
 Y tuvo asomos de dama;
 Del gran Quijote fué llama,
 Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigiliias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de D. Quijote.

Forsi altro canterá con miglior plectro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



TABLA

DEL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DE LA PRIMERA PARTE.

	Pag.
CAP. XXVII. — De como salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.	5
CAP. XXVIII. — Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.	33
CAP. XXIX. Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.	57
CAP. XXX. — Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.	76
CAP. XXXI. — De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.	93
CAP. XXXII. — Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.	107